

¿Quereis ser malos porque Yo soy demasiado bueno?  
 ¿Quereis ser desgraciados, pudiendo ser dichosos? ¿Que-  
 reis adorar la carne, el mundo, que nada os pueden dar,  
 despreciándome á Mí, que os doy, no sólo cuanto he  
 criado, sino á Mí mismo? ¿Elegís ser esclavos de Satanás  
 por la culpa, pudiendo ser mis hijos con la gracia? ¡Cruel-  
 les! ¡Mirad por vosotros mismos! ¡Inconsecuentes! ¡Po-  
 ned en armonía vuestra razon y vuestras obras! ¡Ingra-  
 tos! No maltrateis á vuestro Padre y Bienhechor.» ¿Qué  
 responderemos á unas quejas tan justas? ¿Qué á unos  
 avisos tan amorosos? ¡Ah! Respondamos con David : *Pec-  
 cavi, Domine* : hemos pecado contra el Señor; hemos ul-  
 trajado á nuestro padre y hermano; hemos sido tan in-  
 sensatos, que hemos preferido el inmundo estiércol del  
 pecado al riquísimo oro de la amistad divina. Lo cono-  
 cemos, Señor, y este conocimiento hiende nuestros co-  
 razones y los ablanda como una cera: imprimid, pues, en  
 ellos el indeleble sello de vuestro amor; dadnos un vivo  
 dolor de haberos ofendido; confesamos nuestra ingrati-  
 tud, y os pedimos perdon. *Señor mio Jesucristo*, etc.

## SERMON MORAL.

### DIOS DA LA FÉ Á LOS HOMBRES PARA QUE VIVAN SEGUN

ELLA, Y SE LA QUITA CUANDO NO CORRESPONDE Á SUS LUCES.

(PARA EL VIÉRNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.)

*Auferetur a vobis regnum Dei.*

(MATHEI, cap. XXI, vers. 43.)

La racionalidad, la espiritualidad y la inmortalidad del alma son tres predicados de tanta conexion entre sí, que, destruido uno, quedan aniquilados los otros, y reducida á la nada la esencia de la misma alma; y las verdades eternas á cuyo conocimiento llega el espíritu humano mediante sus facultades intelectuales, guardan con tanta semejanza la misma proporción, que, admitidas unas, es indispensable conocerlas todas, siguiéndose á la destruccion de una la aniquilacion de las demás. Como racional, al considerar los objetos terrenos echa de ver que cuanto hay en el globo es inferior á sí misma, y que es dueña de disponer de todos los seres animados, excepto uno, que se le asemeja en todo y á quien no puede hacer, sin ser criminal, lo que no quiere para sí; y al contemplar los celestiales, no puede ménos de tropezar en esa admirable bóveda y oír su lenguaje mudo, pero

eficaz, que nos anuncia la existencia de un Dios, su poder y sus atributos; como espiritual, se eleva sobre toda la materia, comprendiendo que ningun agente criado es capaz de destruir su existencia, y que sólo pudiera aniquilarla Aquél que la crió, y á quien ha de temer como á juez, pues Él la ha de remunerar ó castigar en una region que aparece más allá del sepulcro; region que se ve á lo léjos, mas en la cual entrará un dia para ser feliz ó desgraciada, pero siempre inmortal. Estos son los dogmas cuyo conocimiento no se oculta al hombre por las solas luces de la razon: la existencia de un Dios criador y conservador de cuanto existe, un Dios justo, remunerador ó juez severo en la otra vida, y de ésto se deduce con facilidad que este Dios ha de recibir los homenajes de culto y adoracion que le son debidos, y que los hombres se han de tratar entre sí como hermanos, sin que sea lícito ultrajarlos, ni despreciarlos, ni despojarlos de los bienes ó de la vida.

Por horrorosa que fuese la derrota que el pecado causó en el hombre, nada de esto perdió el alma; su razon quedó oscurecida, pero no aniquilada; su albedrío salió herido, pero no muerto; su entendimiento se envileció, mas no se perdió; su voluntad se depravó, mas no fué desposeida de la opcion de elegir el bien y el mal; en una palabra, el alma quedó íntegra en sus facultades y potencias, aunque sí destituida de los dotes sobrenaturales de la gracia santificante y justicia original, y con aquellas luces naturales podia elevarse hasta el conocimiento de Dios; así es que no hay pueblo, idioma ni nacion que no tenga alguna idea de la Divinidad, ni se ha encontrado gente alguna, por bárbara é indómita que fuera, que no tuviese impresa en su alma la noticia de Dios, como se explica el filósofo de Roma (Ciceron, lib. 1, *De Nat. Deor.*); y si los hombres han vivido sin Dios, no ha sido porque les faltasen las luces para conocerlo, sino porque fueron es-

clavizados por las pasiones ó enloquecidos por el vano espectáculo del mundo, segun San Agustin (lib. *De Ver. Relig.*, cap. III, 8), al tratar de las luces de la razon. No hablo del estado de pura naturaleza, figmento de los filósofos impíos de nuestra edad, con que han querido hacer al hombre semejante y áun inferior á la bestia; el hombre fué criado en gracia, y por su voluntad pasó del estado de ella al del pecado; hablo, sí, de las luces de la razon que el hombre participó de la divinidad, y con las cuales nos selló, como dice David, y estas luces hablan imperiosamente al corazon humano, y le dicen que no lo hiciera Dios racional, espiritual é inmortal sino para que viviese en armonía con la razon divina; en una palabra, para que fuese religioso; fijemos aquí nuestra atencion para vindicar en este dia la providencia misericordiosa, tan vilmente ultrajada por los hombres que no corresponden á su llamamiento.

No habia pasado un momento despues de la horrenda desobediencia de Adan, cuando Dios detuvo los pasos del pecador fugitivo; confiesa éste su pecado, más como reo que como penitente, y esto no obstante, Dios, al hacer justicia del hombre criminal, le dió una prueba nada equívoca de su amor, prometiéndole al fin de la sentencia de justo juez la reparacion de padre compasivo; y hé aquí el hombre levantado de su caida, hé aquí restituido el hombre, por medio de la fé en este Redentor futuro, á la dignidad antigua y al fin con que fué criado, y con las luces de esta fé debia elevarse al conocimiento y amor de su Dios, y sujetar su apetito sensitivo mediante la gracia, aunque con un trabajo que no tuviera siendo inocente, y desde este momento ningun hombre, ningun pueblo, ninguna nacion podrá quejarse de que Dios no le haya dado las luces necesarias para adorarlo y amarlo. Habiéndose conocido casi todos los Patriarcas desde Adan hasta Noé, supieron por la tradicion que habria un Re-

dentor, y que la fé en él era el áncora de salvacion; y despues del diluvio, habiendo salido todo el género humano de ocho almas justas, si hubiesen seguido las instrucciones de ellas, no hubieran caido en el estado de barbarie, ni se hubieran contaminado en la idolatría. Pero olvidándose los hombres del fin para que Dios los crió, y dominados por la fuerza de las pasiones, se convirtieron á las criaturas y se abandonaron á los extravíos de la razon, depravada en tal extremo, que se retiró de ellos toda luz y se vieron envueltos en tinieblas horrosas; castigo espantoso sucedido á todas las naciones ántes de Jesucristo, pero castigo con que este mismo Redentor amenaza á un pueblo, al cual, además de las luces de la razon y las de la revelacion, no le faltaron las ilustraciones más ostensibles de la gracia.

He entrado ya en la materia que voy á desarrollar; la Religion es un don de Dios, es un presente hecho á la humanidad para que, mediante sus auxilios, llegue á la posesion del sumo bien en la otra vida, despues de haberlo amado y adorado en ésta; la esencia de la misma alma racional, espiritual é inmortal obliga al género humano á tributar al Criador los homenajes que le son debidos; y, fortificada con las luces de la fé, no puede dejar de llenar los deberes contraidos con su Dios, sin cometer un crimen de apostasía y rebelion; crimen que induce á Dios á que, obligado por la justicia, le quite las luces de la fé que le dió movido por su misericordia. En una palabra: Dios da á los hombres la Religion para que su vida sea conforme al dogma y á la moral; primera parte: Dios quita la Religion á los hombres cuando no corresponden á sus llamamientos; segunda parte.

¡Dios fuerte, Dios de virtud! Si siempre se ve precisado el hombre á confesar que no es sino polvo animado por tu bondad, en este punto en que debo anunciar la verdad más terrible que salió de tus lábios divinos, yo

debo manifestar mi nada y mi imbecilidad; dejaré mis palabras y tomaré en mi boca las tuyas, aunque me considero indigno; con ellas no temeré descubrir á este pueblo los juicios de tu justicia y la fuerza de tu brazo airado; y si el mundo hipócrita y embustero me criticase, yo podré decirle, con tu gracia, que me habeis colmado con la fuerza de tu espíritu para anunciar sus maldades á Jacob.

AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Siendo Dios el agente supremo de toda la naturaleza y conociendo con suma perfeccion las causas y sus efectos, necesariamente hemos de confesar que cuando sacó al mundo de la nada no hubo criatura alguna que saliese de sus manos sino para llenar el fin proyectado desde la eternidad en la mente divina. Este fin era la gloria del mismo Dios; pues no obrando sino por sí mismo, ni con otro motivo que el de manifestar sus atributos infinitos, no es posible que un Dios, celoso de su honor indivisible, lo comparta con otro que no sea tan sábio, tan omnipotente ni tan justo como Él; Él, pues, como único en la esencia y perfecciones infinitas, es el principio y el fin de todas sus obras, y las criaturas todas, en sus acciones y movimientos, tienden necesariamente á publicar y confirmar esta verdad. Mas entre todos los séres contenidos en los cielos y en la tierra, unos hay movidos por causas necesarias, y otros por libres; unos de orden físico, otros de orden moral; unos compuestos de pura materia, otros de materia y espíritu; pero á todos se les han señalado límites, prescrito reglas y sancionado

leyes, de las cuales unos no podrán pasar, y á las que otros podrán contravenir, pues aquéllos son guiados por la necesidad ó el instinto, y éstos por su libre albedrío; ¿habrá quien niegue esta verdad sin hacerse digno de entrar en la categoría de los entes negados de razon? Levantemos nuestras miradas al firmamento. ¡Qué curso tan majestuoso y ordenado tienen esos astros que, criados por Dios para formar los días, fijar los tiempos y los años, no cesan, despues de setenta siglos, de cumplir con el mandato que les impuso su Hacedor! ¡Qué marcha tan majestuosa la del astro del día, que, levantándose de entre la risueña aurora, sube con agigantados pasos hasta lo más encumbrado del cielo, dando luz y vida á la naturaleza, declinando con la misma velocidad hasta esconderse trás de los altos montes, dorando sus cimas y anunciando á la naturaleza las horas de reposo y quietud, sin cuya alternativa no pudiera subsistir! ¿A qué entendimiento se esconde esa variedad, que no se admira por ser cotidiana, esa variedad con que se suceden el día y la noche, el frío y el calor, la desnudez del invierno, la hermosura de la primavera, el verano y el otoño? Pero todos estos efectos son necesarios, por depender de causas físicas, de leyes impuestas por Dios, y segun las cuales, ni el cielo se detendrá un segundo en su precipitada carrera, ni el mar llevará sus olas más allá de la humilde playa, ni cesarán de alternar jamás la noche y el día, la lluvia y el calor, la simiente y la mies, hasta al consumacion del mundo; así lo prometiera Dios al hombre racional; así lo mandára á la naturaleza irracional.

Dejando ahora aparte los seres que obran por puro instinto, no queda otro más digno de nuestra atencion que el hombre; este compuesto, admirable obra maestra de la omnipotencia, ¿hubiera salido del caos de lá nada sin que Dios tuviese algun fin en su creacion? No, ama-

dos míos; á más de la gloria del Criador, la creacion de la naturaleza racional tenía otro objeto; todas las otras criaturas visibles existirán hasta que llegue el momento de ser envueltas entre las ruinas del mundo, pero el hombre ha de permanecer para siempre; así Dios lo crió para que fuese feliz en esta vida presente por la posesion de todas las cosas de que le hizo donacion, y más feliz en la futura por otra posesion más noble, más excelente y más completa, que era la del mismo Dios; en cambio de haber puesto bajo su dominio los animales de la tierra, los peces del mar y las aves del cielo, Dios no queria reservarse para sí sino una sola cosa: el corazón del hombre; y esto no por su propia utilidad, sino por la del mismo hombre, á quien queria conducir á la gloria; si las otras criaturas sirven á Dios por instinto ó necesidad, llenando el fin para que fueron criadas, el hombre debia servirle por amor; vive, pues, el hombre para amar á Dios en el tiempo y en la eternidad.

¡Ah! Este precepto (llamémosle instinto del alma racional, porque ésta no puede vivir sin amar); este precepto, ántes de ser publicado entre los truenos y rayos del Sinaí, estaba grabado profundamente en el corazón humano, y en él están también comprendidos el reconocimiento á Dios como á supremo Bienhechor, la sumision como á Soberano, el respeto como á Padre, el temor como á Juez, el culto y adoracion como á principio y origen de cuanto el hombre posee; el amor hácia sus hermanos estaba también esculpido en nuestra alma, pues es imposible amar á Dios sin amar á los que tienen impresa en sí mismos la semejanza de Dios. Este es todo el dogma; aquí está toda la moral, la ley y los Profetas.

Vivir conforme á estos principios, no obrar fuera de los límites de esta ley; hé aquí la realizacion del fin porque Dios constituyó al hombre en la tierra; toda violacion es un crimen más ó ménos grave, segun la inten-

cion del pecador. Sí, mortales; los derechos de la Divinidad son imprescriptibles é inalienables; podrán ser violados, mas nunca defraudados ó anulados; nuestros homenajes le son debidos, y cuantas veces se los negamos, pretendemos arrancarle el derecho de soberanía. Supuesto, pues, que la voz de la razon llega sin cesar al oido del hombre y le demuestra que es obra de Dios y hechura suya, ¿qué consecuencias sacaremos de aquí? Que cuanto tenemos y somos se lo debemos á Dios, y por consiguiente lo hemos de referir á Él; todo viene de Dios, luego todo ha de volver á Él; Dios es el origen de todo, luego Él ha de ser el fin y centro de todo; y de este raciocinio ninguno está exento, ora que el hombre se ofrezca á su Dios en las aras del amor, ora que, por una malignidad propia del espíritu infernal, conciba odio contra su Bienhechor, nunca podrá eludir la fuerza de esta verdad que existe permanentemente grabada en su espíritu: si en este mundo, abusando de la libertad, contradice á la ley de su Dios, un siglo vendrá en el cual conozca que todo lo hizo Dios por la gloria de su Divinidad, y que si el impío niega á Dios esta gloria en los dias de su misericordia, se la tributará forzosamente en el dia malo: *Propter semetipsum omnia operatus est Dominus impium autem in diem malum* (*Prov.*, xvi, 4). Así es que el Padre San Agustín, dirigiéndose á cada uno de los hombres, les dice que si bien el hombre puede disponer de cuantos séres hay en la tierra, pero sólo de su alma no puede disponer, pues ésta la debe á su Dios; dueño absoluto de su albedrío y de sus acciones, no son suyas éstas, sin embargo, pues las debe consagrar todas á la ley de Dios: *Nihil magis tuum quam tu, et quid minus tuum quam tu?* ¿Y qué diremos si añadimos á esta voz de la razon el mandato expreso del mismo Dios? ¿Qué, si consideramos que, habiendo sido esclavos del demonio, Dios nos rescató comprándonos con un precio grande, con el precio de la san-

gre de su Hijo? Con razon el Apóstol escribia á los fieles de Corinto que ya no eran cosa propia de sí mismos, sino de Jesucristo: *Non estis vestri* (1.ª, vi, 19). Para que las acciones del hombre fuesen conformes al dogma y la moral; para que se diese todo á su Dios y se sacrificase por amor del prójimo, Dios imprimió en su alma el sello de la Divinidad, dándole al mismo tiempo un espíritu libre en elegir, para que su corona eterna fuese mayor, pues por su propia eleccion escoge el bien y detesta el mal, ayudado de la gracia.

Fué, pues, un efecto de la misericordia de Dios el haber manifestado á los hombres una Religion pura, á cuyos preceptos acomodados los mortales, viviesen unidos entre sí y con su Dios. ¿Qué hubiera sido del mundo sin Religion? ¿Qué de los hombres, si la verdad, infalible en sus dogmas, é inmutable en sus principios, no hubiese regulado sus acciones? Desterradas la justicia y la misericordia, la compasion para con el desgraciado, y el amor para con el prójimo, con las otras virtudes que emanan de la Religion, el hombre hubiera sido más cruel que los tigres, más feroz que los leopardos; la Religion es un freno que contiene al malvado para que no perpetre los crímenes que medita en su corazon perverso; ella manda al magistrado que proteja al inocente oprimido; al juez que no ceda su virtud á las asechanzas del interés; al Soberano que trate á los pueblos sometidos á su cetro, no como á esclavos, sino como á hijos; al vasallo, que considere en su superior un hombre igual en cuanto á la naturaleza, pero superior por hallarse ceñido de la espada con que debe castigar, por orden de Dios, los crímenes contra la Religion ó la sociedad; al sacerdote, que emplee sus dias en su santificacion, en el estudio de la ley de Dios, y en la instruccion y salvacion de sus hermanos; al pobre inspira sentimientos de conformidad con la voluntad de aquel que reparte los bienes y los quita segun

su agrado; al rico manda que no sea un avaro acumulador de tesoros infructuosos, sino que, como dispensador de los bienes dados por el cielo, haga partícipes á los indigentes. ¿Será posible enarrar en un pequeño discurso los bienes que la Religion acarrea al hombre, y los males de que le preserva? ¿Dónde estaria el pudor de las vírgenes? ¿Dónde el honor de las casadas? ¿Dónde la seguridad en los tálamos y las familias? ¿Dónde la probidad en los magistrados? ¿Qué freno contendria la velocidad con que el hombre voluptuoso quiere precipitarse en el dorado lecho de los vicios? ¿Qué poder se opondria al asesino que, armado del acero, no perdona medio alguno para saciar sus venganzas ó arrancar los bienes y la vida á sus hermanos? Sólo la Religion, sí; y sin ella, ni la autoridad tiene fuerza, ni las leyes vigor; sin ella los hombres se devorarían, y en vez de la sociedad humana, el mundo no hubiera sido poblado sino de fieras; porque éstas, por la fuerza del instinto, miran con horror la destruccion de sus iguales; pero el hombre sin religion, y sin el freno de la conciencia, no sólo aniquilaria á sus hermanos, como la historia nos lo enseña con el ejemplo de muchos tiranos, sino áun á sí mismo, como desgraciadamente se ve en este siglo, en que el suicidio ha sido dado por la filosofía como el remedio de los remordimientos que pululan áun en el corazon del ateo más licencioso. De este modo la Religion une á los hombres entre sí mismos por las virtudes que inspira en sus almas, y agrandando un culto puro, exento de toda supersticion, los estrecha con Dios de tal modo, que, como escribia San Pablo á los hijos de la nueva alianza, por encadenamiento admirable el hombre toca, áun en esta vida, á las gradas del trono de la Divinidad; por las virtudes no pertenecen ya al siglo corrompido, son una propiedad de Cristo, así como éste lo es de su Padre: *Vos autem Christi, Christus autem Dei.* ¡Qué! ¿No demues-

tra la razon la veracidad de este discurso? Sin embargo, ¡qué miseria la nuestra!

Desde el principio del mundo empezó á ser desconocida esta verdad, porque la carne inventó su ciencia, opuesta á la ciencia de Dios; y como ni la Religion con toda su fuerza, ni la moral con sus bellos atractivos, violentan el entendimiento humano, sino que lo llaman, lo excitan, lo atraen por amor, las pasiones con sus ímpetus destruyen en el hombre los efectos que pudieran resultar, ahogando primero las inspiraciones de la gracia. Sí; de un corazon corrompido fácilmente se pasa á un corazon perverso, pues el hombre dotado de razon propende por naturaleza á practicar por sistema lo que ántes no hiciera sino por corrupcion; y si esto sucede en un individuo, ¿cuánto más acaecerá en un pueblo, en una nacion, ó en la masa toda de la humanidad, infecta en la levadura del pecado y olvidada de su Dios? Así es que Dios, tan luégo como empezaron los hombres á separarse de su ley, les demostró, no ya con mano suave, sino con brazo fuerte, que erraban en sus caminos; porque los castigos que nos atesta la historia no son otra cosa que un aviso dado por Dios á los que los presenciaban, para que, atemorizados, temblasen ante un Dios severo, supuesto que despreciaban á un Dios misericordioso. Si la cuna de la humanidad es manchada por un fratricidio, Dios castiga la mano temeraria entregando al malvado á los furiosos remordimientos que lo despedazan dia y noche, y señalando su frente con una divisa que causa espanto á cuantos lo encuentren; si las ciudades nefandas, dejado todo temor de Dios y de sus leyes, aumentan el número de sus crímenes horrendos, Dios, para ejemplo y correccion de los demás, las envuelve entre torbellinos de fuego y las hace desaparecer de entre los vivientes. Apártanse los hijos de Israel del pacto de amor hecho con su Dios llegándose á las hijas de los madianitas, y